

ced á los esplendores vivísimos de este soberano Sol.
—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendicímoste, *Sol* purísimo y abrasador, á cuya sola vista derrítase el hielo de los corazones más endurecidos.—*Dios te salve, María, etc.*

Ave sole pulchrior,

Stella matutina,

Lilio floridior,

Rosa sine spina;

Cunctis amabilior,

Aegris medicina,

Omnibus potentior.

Mater et Regina.

(San Tarasio, Patriarca de Constantinopla.)

Salve, Virgen santa,

Más que el Sol brillante,

Matutina Estrella,

Lirio de los valles;

Rosa sin espinas,

Reina nuestra amable,

Medicina dulce,

Poderosa Madre.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Prepararse para celebrar las fiestas de María.—Santa Gertrudis oyó al Señor prometer que recibiría con singular agrado á los que se habían dispuesto para celebrar devotamente la festividad de la Anunciación

de la Santísima Virgen; y en otra ocasión vió bajo el manto de María un coro de hermosísimas doncellas, á quienes contemplaba con amor; las cuales eran obsequiadas por los ángeles, porque devotamente se habían preparado para esta solemnidad.

Novena dedicada á la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mi me pesa, de lo íntimo del corazón me pesa de haberos ofendido. ¡Oh Jesús, Sol divino de salvación! Bañad con los rayos de vuestra esplendorosa luz lo más íntimo de mi alma, y perdonad mis muchos pecados, para que, desapareciendo la noche de la culpa, brille para mí el deseado día de la gracia. Propongo firmemente, con vuestra divina gracia, no volver á ofenderos en adelante, y espero me ayudaréis con vuestros poderosos auxilios para ser vuestro con fidelidad hasta el fin de mi vida.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Llena de gracia, gloria de nuestra naturaleza, alteza más sublime que las celestiales Potestades! Vos sois el Arca

santa, que nos salvó del diluvio del pecado, árbol bellissimo de vida y Libro escrito por Dios, que anuló el testamento funestísimo del primer padre. Vos; la agradabilísima primavera que sucede al invierno de la tristeza y á la triste noche del pecado, y restituís al mundo, por nuestra dicha, el día de la piedad y el vivificante calor del Espíritu Santo. Por todas partes y en toda la extensión de los siglos resuenan los aplausos de las entusiastas felicitaciones que se Os dirigen, al ver que brota en suelo estéril una Rosa fragantísima, que con su olor embalsama la tierra y disipa el más leve vestigio de prevaricación. Muchas son las hijas que han acumulado tesoros de espirituales gracias; pero Vos, Virgen purísima entre las vírgenes, las habéis sobrepujado á todas.

Vos sois el trono de la divina piedad, en que el divino Jesús ejerce pacífica jurisdicción sobre la tierra; porque, en atención á vuestros méritos é intercesión poderosa concede luz á los ciegos, reposo á los que se sienten fatigados por los incesantes trabajos de la vida; salud á los enfermos, abundancia á los necesitados, seguridad á los tímidos, la fe entre los amigos, la paz entre los enemigos, certeza en las dudas, consejo en el error, apoyo en los más recios combates, consuelo en las pruebas más duras, refugio en las penalidades del destierro, puerto en los horrores del naufragio, sabiduría en la ignorancia, exaltación en la humildad, gracia á los que en el camino de la virtud comienzan y adelantan, y gloria y corona á los que fieles y triunfantes perseveran hasta el fin.

Oíd, pues, Madre piadosísima, la humilde súplica que en estos nueve días Os dirijo, rogándoos me al-

cancéis del Señor luz para conocerle, y gracia y fortaleza para servirle, y el favor que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y bien de mi alma.—Amén.

Aquí se hace la petición de la gracia, que se desea conseguir en esta Novena.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella la más brillante después del divino Sol de Justicia, y elevada sobre los demás seres superiores de la creación, para guiarlos con la luz de tus celestiales ejemplos y atraer á los extraviados con la misteriosa influencia de la gracia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sabiduría amabilísima, objeto de suavísimo encanto para los encumbrados querubines, que conduces al justo por caminos rectos y le muestras el reino de Dios.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, clarísimo Sol, que iluminas las inteligencias alcanzándoles el verdadero conocimiento de las cosas celestiales, y enciendes los corazones con ardorosos afectos de purísimo amor.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Candelabro purísimo, siempre iluminado por el esplendor indeficiente del mismo Dios, que habéis ahuyentado del mundo las tinieblas de la muerte, recreándole

con la luz purísima de la eterna vida! A Vos recurrimos hoy, ansiosos de librarnos de una de las causas más funestas y más eficaces de la muerte del espíritu, del asolador influjo de la concupiscencia, que es desordenado apetito de cosas caducas y terrenas; como que *"todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia ú orgullo de la vida,"* según nos enseña el evangelista San Juan. Es una de las consideraciones más dolorosas, la de los incalculables estragos que por todas partes causa en las almas ese germen infeliz de corrupción y de pecado; porque verdad ciertísima es *"que los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su mocedad;"* y de aquí *"las riñas y pleitos"* entre los hombres; y por todas partes las pasiones, más ó menos embravecidas, causa de luchas incesantes en lo más íntimo del corazón. Por eso, Vuestro divino Esposo, el Espíritu Santo, nos excita á que le pidamos con empeño la represión de esa fuente de pecado, con estas palabras: *"Quita de mí la intemperancia de la gula, y no se apoderen de mí los apetitos de la sensualidad; ni quieras entregarme á un ánimo inveterado y desenfrenado."*

Apiadaos, pues, de nuestra fragilidad y miseria, más peligrosa todavía en fuerza de los recios ataques de esa triple concupiscencia y de los desenfrenados escándalos y elementos de inmoralidad, que por todas partes nos cercan. Conseguidnos de Vuestro divino Hijo gracia poderosa, con que incesantemente luchemos y vencamos, recordando constantes y animosos que *"los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones."* De este

modo, libres de esas cadenas pesadimasas, y ágiles para hacer en todo la divina voluntad, moriremos felices en la paz del Señor y con la protección Vuestra, para vivir eternamente dichosos en el cielo.— Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
BELLÍSIMO ARCO IRIS EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Reñérenos el evangelista San Juan, en su inspirado libro del Apocalipsis, una visión maravillosa: *"Yo miré, dice él, y he ahí un caballo blanco, y el que le montaba tenía UN ARCO, y diósele una corona, y salió victorioso para continuar las victorias."* Este arco de tan prodigiosa eficacia, dice San Alfonso de Ligorio, es figura de la Santísima Virgen, constantemente intercediendo ante la divina Justicia en favor de los infelices pecadores. "María, observa San Bernardino de Sena, es el Arco iris, constantemente colocado en las nubes del cielo para alejar la muerte;" porque Ella es la que nos ha dado á Aquel, que, en frase del Apóstol, es *"nuestra paz, y el que de los dos pueblos, Judo y Gentil, ha hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su carne, el muro de separación, esa enemistad que los dividía."*

La misma celestial Señora, en una de sus revelaciones á Santa Brigida, le decía: "Yo he conocido con la mayor claridad la fe católica, que mi divino Hijo ha enseñado con sus predicaciones á todos los que aspiran á ir al cielo. Yo domino el mundo por mis continuas plegarias; así como el arco iris, cuando aparece en las nubes, inclínase hacia la tierra y la toca por sus dos extremos; así yo, arco iris en el

celestial paraíso, inclinome hacia los que viven sobre la tierra, influyendo con mi intercesión en los buenos y en los malos. Porque, me abato hasta los buenos, para que sean fieles y observen con perseverancia lo que prescribe la santa Iglesia; y desciendo hacia los malos, para que se conviertan de su mala vida."

Como en el firmamento, desde la promesa hecha por Dios nuestro Señor al patriarca Noé, el arco iris es consoladora memoria de aquella antigua alianza entre Dios y los hombres; así la mediación de este bellissimo y animado Arco iris en el Empireo, es venturosa garantía y segurísima señal de la paz que conquista para nuestras almas. Con mucha razón la apellidan unánimes los Santos Padres la reguladora del mundo, el ángel de la paz, el propiciatorio de toda la tierra y la mediadora en favor de los hombres. Y así se nos aparece en esa su bellissima Imagen la Madre Santísima de la Luz, mil veces más hermosa y brillante que el arco iris, como sumergida en deslumbrador océano de celestial claridad, brindando con la divina reconciliación y la paz del alma á los pecadores, y arrancándolos con clemencia amabilísima á los engañadores goces del pecado y á las mortíferas garras del infernal dragón.

"Salid, almas venturosas, dice el devotísimo P. Poiré, y subid en espíritu hasta el cielo, ó, al menos, hasta la región del aire. Allí veréis un arco iris bellissimo, que encadenará con dulce encanto vuestros ojos, y en él veréis una perfecta Imagen de la Reina de la paz, que es la gloriosísima Virgen María. Porque, si el arco iris es maravilloso efecto del Sol, la

Inmaculada Madre de Dios es Hija del divino Sol de justicia y de la gracia, que es la única maravilla del mundo. Si el iris brilla con la variación de hermosos colores, María resplandece en toda clase de virtudes. Allí veréis el blanco de la virginidad, el color purpúreo de la caridad, el azul de la devoción, el anaranjado de la compasión maternal, el verde color de la esperanza, en una palabra, todas las virtudes de que está con tan graciosa profusión adornada, como dice el Real Profeta: "*A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos.*" ¡Oh celestial Arco iris, Madre Santísima de la Luz! ¡Arco fortísimo, poderoso é inexpugnable! Iluminad nuestras almas y defendednos con vuestra prodigiosa virtud, para que, viendo con claridad los peligros y los obstáculos que encontramos en el camino del cielo, los evitemos vigilantes y esforzados, para llegar victoriosos al puerto felicísimo de la gloria!

EJEMPLO.

Muchos son los beneficios que suficientemente acreditados se refieren, otorgados por Dios nuestro Señor en obsequio de la Santísima Virgen, bajo la amable advocación de la Madre Santísima de la Luz. Unas veces aplica el Señor su poderosa virtud al aceite de las lámparas que arden ante la preciosa imagen de la Madre Santísima de la Luz; otras, á las mismas estampas que representan en tan amable actitud á nuestra purísima y celestial Protectora; y con frecuencia se ve que Su divina Majestad se dig-

na obrar grandes maravillas en favor de los que á la Madre Santísima de la Luz ofrecen confiados y devotos votos velas encendidas.

Hallábase gravísimamente enferma en la ciudad de Palermo, en 1730, la Sra. Doña Teresa Svellio; habíala desahuciado los médicos, y por instantes se temía su muerte. Instáronla á que se encomendase con viva fe á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen se hallaba expuesta á la pública veneración en la Iglesia del Colegio de San Francisco Javier. Hizolo la enferma, encargando se encendiesen ante la bellísima Imagen algunas velas de cera; y á los tres días se sintió completamente sana.

Felix coeli porta

Unde pax est orta,

Illuc nos reporta

Ubi semper es.

Tecum collaetemur,

Sanctis commoremur,

Christo sociemur

Qui redemit nos.

Tibi laudem toto

Corde, voce, voto,

Animo devoto

Omne canat os.

Amén.

Puerta dichosa del cielo

De donde la paz brotara,

Al cielo donde tú vives,

Lleva, oh Reina, nuestra alma.

Que gocemos con los santos

Tu presencia soberana

Y la de Cristo tu Hijo

En la celeste morada.

Que cuanto el hombre es y tiene,

Corazón, deseos, alma,

Lengua, ocupe, oh Madre tierna,

En cantar tus alabanzas.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Bendecir á la Santísima Virgen en sus purísimos y virginales miembros; Su seno purísimo, en que hospedó durante nueve meses á aquella infinita Majestad, que no cabe en los cielos ni en la tierra. Su Imaculado Corazón, santuario de principalísimos misterios de nuestra fe. Su pecho virginal, que alimentó al que sustenta á todos los vivientes. Sus manos sacratísimas, que tantas veces envolvieron y fajaron al Creador del universo. Su regazo sacratísimo, en que tantas veces reposó el que es descanso y gloria cumplida de los bienaventurados. Sus purísimos labios, que con tanta frecuencia tuvieron la dicha de imprimir las más suaves y santas caricias en el divino semblante de Jesús. Sus brazos sacratísimos, que tantas veces sostuvieron al que con tres dedos mantiene la máquina admirable del universo.—De esta manera solía saludar á María el Beato Herman; y Ella, en premio, hizo desaparecer el impedimento que el santo tenía en la lengua; para que por las regiones de Polonia y Alemania pudiese predicar el santo Evangelio

y publicar las grandezas de la Virgen Inmaculada.

Ant. Celebremos con alegría la maternidad de la bienaventurada siempre virgen María.

V. Bendita Tú eres entre todas las mujeres.

R. Y bendito es el fruto de tu vientre.

ORACIÓN.

Oh Dios, que habéis querido que vuestro Verbo tomase cuerpo humano en el seno purísimo de la Bienaventurada Virgen María, en el instante en que el ángel le anunció este inefable misterio; concedednos que, honrando á la que veneramos como verdadera Madre de Dios, seamos de Vos favorecidos por medio de su poderosa intercesión. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.—Amén.

DIA SEGUNDO.

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, fúlgida Estrella, cuyos esplendorosos rayos jamás perdieron su vivísima claridad, porque tu integridad maravillo-

sa nunca ha estado sujeta á la menor sombra de corrupción.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, saludable y altísima Sabiduría; que “no se halla en la tierra de los que viven en delicias.”

—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sol benignísimo, del cual ha dicho el Espíritu Santo: “*Nunca jamás se pondrá tu Sol;*” porque Tú no tienes ocaso para nosotros, si por el pecado no nos resistimos á la benéfica influencia de tu luz purísima y de tu vivificante calor.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Vara maravillosa, de la que floreció la bendición de la Vida, que puso venturoso fin á la maldición de la muerte! ¡Libro elegantísimo, escrito con el dedo del divino Verbo, en el cual destruida la escritura de ominosa esclavitud, se consigné nuestra verdadera y eterna libertad! ¡Esplendoroso trono del mismo Dios, fuente sellada del Espíritu Santo, y nube lucidísima, que hacellover sobre la tierra celestial rocío! Lluvia constante de poderosa gracia néctar nuestras almas, para no caer á los furiosos embates de la tentación, que tan á prueba pone en muchas ocasiones la fidelidad nuestra á Dios nuestro Señor. Cierto que la tentación, cuando á ella nos sobreponemos, es ventajosa; porque como nos enseña vuestro divino Esposo, “*Quien no ha sido tentado ¿qué es lo que puede saber? El varón experimentado en muchas cosas, será muy reflexivo.*” Pero ¡ay, Madre amabilísima! que, por nuestra culpable negligencia, la tentación á

veces nos aturde, nos arrolla y nos enloquece; y en esos momentos tristísimos que por falta de vigilancia no preveníamos, fácil es la caída, desdicha incomparable que á tantas almas ha perdido para siempre. Por eso nos recomienda diligencia tan esmerada el apóstol San Pedro, cuando dice: "*Sed sobrios, y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente á vuestro alrededor, en busca de presa que devorar.*"

Con vuestro maternal auxilio no por eso desconfirmamos; porque sabemos que la tentación es patrimonio de la espiritual milicia, que forma el carácter de vuestros siervos, mientras vivimos sobre la tierra; y no hay motivo para que nos imaginemos ser de más ventajosa condición que el Apóstol, el cual no vacilaba en confesar de sí propio: "*Para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo ó aguijón de mi carne que es como un ángel de Satanás, para que me abofeteé.*" Pero, para salir victoriosos en tan frecuentes y peligrosos combates, menester es, Madre piadosísima, que nos consigáis un rayo de esa vivísima luz, que, como luminoso mar, por todos lados os circunda, y que fortalezcáis con celestial vigor nuestro corazón, para que, fieles á la gracia entre las peligrosas tentaciones de esta vida, merezcamos hacernos dignos de aquella divina promesa: "*Al que venza, yo le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios.*" Así sea.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, AURORA FELICÍSIMA
EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Nuestra Madre Santísima es el camino por el cual se derrama sobre la tierra la luz del cielo, la senda por donde la abrasadora llama del divino amor inflama los corazones de los fieles. Por eso la reconoce la santa Iglesia como "*resplandeciente Puerta de la luz.*" Es para nosotros aurora felicísima, porque viene á mediar con éxito sobre manera dichoso entre Dios y el hombre. Siglos hacía, que divinamente inspirado había dicho á Dios el Real Profeta: "*Tuyo es el día, y tuya es la noche; tú creaste la aurora y el Sol.*" El día es la vida del justo, y la noche la vida del pecador. Para defender á su pueblo escogido, durante el día, de los abrasadores rayos del sol, entre éstos y aquel interponía el Señor una gigantesca columna de espesas nubes, y con otra columna de fuego le iluminaba entre las densas tinieblas de la noche; porque como nube benéfica protege siempre á las almas justas, y á los impíos los consume como fuego devorador. Es respecto de éstos aquel temible Sol, de que habla el sagrado libro del Eclesiástico, diciendo: "*Sol que abrasa tres veces más los montes, vibrando rayos de fuego.*" Y rayos asoladores vibra tres veces sobre los montes del siglo, que son los pecadores orgullosos endurecidos, devorándolos con gradual severidad en este mundo, en el juicio y en el infierno. Felizmente, entre Dios y los desgraciados pecadores, entre el eterno día y la noche de la culpa, luce bellísima y generosa la brillante Aurora. María, Madre Santísima de la Luz; y uno de tantos testimonios de esta

maternal protección, es el haberse dignado descender desde lo alto del Empíreo hasta la ciudad de Palermo, para dejarnos, por nuestra dicha, ese retrato preciosísimo, en que tan al vivo se representa su actitud tiernísima de decidida y celestial Mediadora.

Es María aquella Puerta oriental, á que se refiere el profeta Ezequiel, cuando dice: *"La puerta del atrio interior que mira al Oriente estará cerrada;... mas el día del sábado se abrirá, y entrará el Príncipe."*... el divino Sol de justicia, que viene, precedido de aquella bellísima y celestial Aurora, á iluminar á los que yacen abatidos en la obscuridad de las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y este es el caso mil veces venturoso, vaticinado siglos antes por Isaías, al decir: *"El pueblo que andaba entre tinieblas vió una gran luz; amañeció el día á los que moraban en la sombría región de la muerte."* Porque, aunque el primer hombre, como observa San Pedro Damiano, fué creado á la luz del día, á imagen de Dios; desde que cayó en la culpa, vióse rodeado de tinieblas densísimas. Preciso fué que nuestra benéfica Aurora, la Madre Santísima de la Luz, elevándose sobre el horizonte de los siglos, nos trajese la consoladora promesa de la venida de aquel divino Sol, que debía hacer gozar al hombre de la hermosa luz en que había sido creado, y que, por desgracia, brillara para él tan breve tiempo. Entonces, dice San Gregorio Taumaturgo, viéronse los primeros rayos de la luz intelectual; entonces se descubrieron las fuentes de la sabiduría y de la inmortalidad. Entonces, nota San Germán de Constantinopla, apareciendo María como el hermoso astro de la noche, disipáronse las tinie-

blas y llenóse el mundo de apacible claridad. Y entonces fué cuando esta amabilísima Aurora, llamada por San Gregorio el Magno la esperanza del Sol, elevóse serena sobre nuestro hemisferio, envuelta en un mar inmenso de luz, resplandeciendo con majestad deslumbradora y desterrando la densa obscuridad de los siglos; Oh celestial Aurora, Madre Santísima de la Luz! Dignaos mediar con vuestra maternal intercesión entre el Sol divino de justicia y la oscura noche de mis pecados; iluminad mi alma y alegrad mi pobre corazón, para que, trabajando en santificarme mientras dura el día de vuestra gracia, merezca vivir en el día eterno de la gloria!—Amén.

EjemPlo.

En Petralia Soprana, una señora de buena vida, atormentada día y noche por agudísimos temores de conciencia, é inquieta con la incertidumbre de haber cometido algún pecado grave que no hubiese confesado, recurrió confiada á la Madre Santísima de la Luz, rogándola se dignase recordarle los pecados ocultos, que como veneno escondido le despedazaban el corazón, ó librarla de aquellos horribles temores que la sumergían en tan extraña tempestad de dolorosas angustias. Accedió benigna á sus ruegos la Madre Santísima de la Luz; y á la noche siguiente le hizo ver con vivísima claridad un grave pecado que había cometido en su juventud y no había confesado todavía. Inmediatamente, después que amaneció, fué á postrarse arrepentida á los pies del confesor, de-

claró humilde y compungida su pecado, y gozó desde entonces apacible y suavisima tranquilidad.

Plena luce gratiae,

Rutilans, decora,

Solem, tu justitiae

Prævenis aurora;

Tota pulchra specie

Fulges omni hora:

Noctem delinquentiae

Fugas cive mora.

(San Melodio, Obispo de Tiro y mártir.)

Aurora esplendente

Colmada de gracia,

Al Sol de justicia,

Naciendo, señales.

Hermoso es tu rostro

Y hermosa tu alma,

De la culpa, al punto,

Las sombras rechazas.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Invocar con frecuencia el Nombre Santísimo de María.—Una mujer japonesa, antes de ser cristiana, invocaba cada día ciento cincuenta veces el nombre de su ídolo Amida; pero, recibido el bautismo, substituyó este nombre con los Nombres dulcísimos de *Jesús* y de *María*, despertándola para esto su santo Ángel Custodio así como para pronunciar el nombre del ídolo había solido despertarla el demonio.

“Los ángeles, decía la purísima Reina del cielo á *Santa Brigida*, llénanse de júbilo al oír mi Nombre, y dan gracias á Dios de que, por mi medio, gozan de la Humanidad sacratísima de mi divino Hijo; las almas del *Purgatorio* se consuelan al oírlo; y con él tiemblan los demonios.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA TERCERO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, *María*, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Estrella* clarísima y espléndida por tu hermosura, purísima é inmaculada por tu inocencia y virginidad.

—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sol* esplendoroso y benéfico, en cuyo nacimiento quedamos iluminados con poderosa gracia, como alumbra con sus rayos al mundo el *Sol* astronómico al elevarse sobre el horizonte.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sabiduría* felicísima, á la cual amó siempre la *Sabiduría* increada, Cristo nuestro Señor, sobre toda grandeza y sobre toda hermosura.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Delicia de Dios Padre, tabernáculo de Dios Hijo y templo del Espíritu Santo! ; Señora llena de gracia, que con vuestra abundancia reanimáis á todas las creaturas! ; Alteza incomprendible, elevada sobre todas las Potestades y Dominaciones angélicas por vuestra humildad profundísima y Vuestra singular abnegación! ; Cuánto dista de Vos nuestra miseria, no sólo por falta de grandeza, sino por sobre de prestuncón y de propia voluntad! Porque en el afecto de muchas de las cosas que queremos no nos mueven el deseo del honor de Dios, ni el bien de nuestros prójimos, sino nuestra propia utilidad y el propio capricho, con perjuicio, á veces, de la caridad y de la divina gloria. Dejámonos arrastrar con frecuencia de nuestros propios gustos, sin preocuparnos de atender al gusto y soberana complacencia de Dios nuestro Señor; y olvidámonos de que nacimos para vencernos en nuestro querer, á fin de que en nosotros triunfe tan sólo el querer divino.

Ya desde los remotos tiempos de la creación se nos recuerda que *"nuestro apetito está á nuestro mandar, y en nuestro deber y nuestra voluntad está el dominarle."* Por desgracia, las frecuentes satisfacciones de la propia voluntad nos llevan no pocas veces muy lejos de la adorable voluntad de Dios, y esto en tal manera, que Su divina Majestad se ve como precisado á quejarse de nuestra ingratitude y temeraria rebeldía, exclamando: *"Ya desde tiempo antiguo quebraste mi yugo, rompiste mis coyundas, y dijiste: "No*

quiero servir al Señor;" Y llevamos tan allá nuestra ceguera, que por algunos mequinos obsequios que á Dios nuestro Señor ofrecemos, al mismo tiempo que contrariamos su voluntad adorable, parecemos que hay motivo para que nos complazcamos, y aun para esperar alguna recompensa. ; Cuándo será, Madre piadosísima, que prácticamente nos desengañemos, penetrándonos del verdadero espíritu de nuestra santa Religión? Plegue al Señor que meditemos muy seriamente sobre estas palabras altísimas: *"¿Cómo es que hemos ayunado, y tú no has hecho caso; hemos humillado nuestras almas, y te haces el desentendido?"* dicen estos siervos descomedidos á Su divina Majestad. *"Es,"* responde el Señor, *porque en el día mismo de nuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja."*

Conseguidnos, pues, Madre Santísima de la Luz, que claramente entendamos la necesidad é importancia de desprendernos de nuestra propia voluntad, imitando á nuestro divino Maestro, que de sí mismo decía: *"No pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado."* Que esta razonable y justísima abnegación nos eleve sobre los afectos que hoy nos tiranizan, uniéndonos más estrechamente cada día á nuestro divino Dueño, para reinar con El y con Vos eternamente en la gloria.—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA,
LUZ É ILLUMINADORA DE LOS HOMBRES.

Todos los Santos Padres y sagrados intérpretes aplican á la Santísima Virgen Maria aquella misteriosa visión que contempló San Juan desde la isla de

Patmos, y nos refiere en el Apocalipsis: "*En esto apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.*" Si, pues, María está revestida del Sol, sin duda que aparece resplandeciente de luz; siendo esta luz tanto más incomparable, cuanto que el sol que la viste no es el del firmamento, sino el Sol divino de la eternidad. Y claramente lo recuerda por el Real Profeta el Espíritu Santo, cuando dice: "*Puso Dios especialmente en el sol su tabernáculo; y á manera de esposo que sale de su tálamo, salta como gigante á correr su carrera.*" Este esplendoroso sol, en que el Señor colocó su tabernáculo, es el seno purísimo de María, de donde salió vestido ya de su Humanidad sacratísima para emprender animoso como gigante la grande obra de nuestra redención.

Brilla la celestial Señora, dice Barbier, con la triple luz de sobrenatural sabiduría, de la inocencia virginal y de su vida santísima. Y tanto brilla con esta luz sobrehumana, observa Santa Brígida, que ilumina á los mismos ángeles; los demonios no se atreven á contemplar tanta claridad; palidecen y tiemblan, y al esplendor purísimo de María prefieren las tinieblas, como que huyen constantemente de la verdadera luz.

Complácese la benignísima Virgen en iluminar al hombre en la tenebrosa noche del pecado; que las culpas con que ofendemos á Dios nuestro Señor son vapores densísimos, que oscurecen la hermosura del alma. Y entonces es precisamente cuando esta Madre tiernísima, "*como el lucero de la mañana entre tinieblas,*" se aparece para alumbrarnos con clarísima luz;

á fin de que alejándonos de las tinieblas del pecado, abramos los ojos á la lumbré saludable de la gracia.

María, dice San Bernardino de Sena, aparece revestida de un triple sol; del sol de amor, del sol de esplendor y del sol de gloria. Por ese sol de amor purísimo y ardiente, entrega del todo su immaculado Corazón á Dios nuestro Señor, amándole Ella sola más que todos los bienaventurados. Los labios del Profeta, observa San Bernardo, han sido purificados con el fuego del amor; en amor siéntense también abrasados los serafines; pero mucha mayor ventaja les lleva la Santísima Virgen; pues no sólo ha sido tocada, sino revestida, y como inundada, de este sagrado fuego. Vístela el sol de esplendores purísimos en el cielo. Y la superabundancia de gloria en que rebosa su alma benditísima, afluye también, para más embellecerla é iluminarla, á su purísimo cuerpo. "Vos sois, oh Madre mía amantísima, como la aurora que avanza serena y majestuosa, le dice su divino Hijo, según las Revelaciones de Santa Brígida. Vos brilláis más que todos los cielos, y vuestra luz sobrepasa á la de los ángeles. A Vos habéis atraído, por vuestra pureza y hermosura, al verdadero Sol, es decir, mi divinidad; de manera que viniendo á Vos y fijándose en Vos, con su calor dulcísimo habéis quedado abrasada en mi amor. Vos habéis sido iluminada con sus esplendores más que todas las creaturas. Disipáronse las tinieblas de la tierra, y por Vos han quedado brillantes los mismos cielos."

"Oh Madre Santísima, Luz é Iluminadora de los hombres! Bañad mi alma de uno solo de esos rayos

vivimos, que me alumbré, regeneré y fortalezca para emprender animoso el camino del cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Célebre en los anales de la ciencia Teológica fué el P. Tomás Sánchez, de la Compañía de Jesús. A los diez y seis años de edad pretendió ser admitido en ella; pero como no daba pruebas de aptitud para los estudios, se le despidió con cristiana benignidad. Sin desanimarse acude, como en otro tiempo, el P. Suárez, á la maternal protección de María, y postrado ante una de sus imágenes, protesta que no saldrá de aquella capilla, hasta que la celestial Señora le conceda la gracia de poder adelantar en los estudios. Muy pronto se siente como renovado; y desde entonces su inteligencia se desarrolla hasta el grado de descollar entre todos sus condiscipulos; por la brillantez de su ingenio, y escribir después obras notabilísimas que acreditan su ciencia extraordinaria. Agradecido constantemente á su celestial bienhechora, jamás llegó á la ciudad de Córdoba; que no visitase con amorosa ternura la sagrada Imagen de María, ante la cual se había verificado en su inteligencia cambio tan maravilloso. En la vigilia de las festividades del Señor y su purísima Madre ayunaba siempre á pan y agua; cuatro veces por semana, además del Adviento y de la Cuaresma, alimentábase solamente de legumbres y de frutas secas. De ordinario, no comía más que una vez al día, á la puesta del Sol. Después de sesenta años de una vida laboriosa y austerísima, siempre fiel á la devoción de la Inmaculada Virgen

María, se durmió en el ósculo del Señor, adornado todavía con la inocencia bautismal.

María, tu sideris

Instar luminosa;

Stella maris diceris

Mire radiosa;

Nondum nata crederis

Tota gratiosa;

Spina carens cæteris

Culpaæ coeli rosa.

(San Melodio, Obispo de Tiro)

Por la luz, María,

Que doquier derramas,

Del mar prodigiosa

Estrella llamada;

Rosa sin la espina

De la culpa aciaga

No nacida aun, todos

Graciosa te aguardan.

J. V.

OBSEQUITO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rezar con devoción el Rosario ó corona de la Santísima Virgen.—A Santo Domingo de Guzmán aseguró la Purísima Señora que el Rosario sería abundante lluvia del cielo, que facilitaría copiosísimo fruto en las almas. En cierta ocasión en que rezó el Rosario Santa Gertrudis, vió á los pies de Jesucristo tantos granos de oro, cuantas eran las palabras que había proferido al rezarle; y que Su divina Majestad ponía aquel oro

en las manos de su Inmaculada Madre, la cual lo guardó diciendo á Gertrulís que la consolara con otros tantos favores á la hora de su muerte.

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA CUARTO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, fúlgida *Estrella*, que jamás has estado privada de la luz de la gracia, ni oscurecida con pecado alguno mortal, venial, ni original.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sabiduría* beneficiosísima, por cuyo amor ha creado y conserva el Señor la tierra; pues tiempo hace que por sus culpas merecieran ser severísimamente castigados los hombres, si Tú no les hubieses alcanzado gracia con tu intercesión constante y poderosa.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sol* esplendoroso y singularísimo, que entre todas las creaturas no has tenido ni tendrás nunca semejante.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Señora toda santa, Madre de Dios, la sola purísima en el alma y en el cuerpo! Vos sois la vestidura inmaculada de aquel Señor altísimo, que camina cubierto de luz como de vestido; sin comparación más alta y más gloriosa que los querubines y serafines; y llena por completo de todas las gracias de la beatísima Trinidad. Tan admirable grandeza es en gran parte debida á vuestra singular abnegación; porque andaban en Vos como á porfía, Madre amabilísima, el empeño de Dios en exaltaros y vuestro constante esfuerzo en abatiros. ¡Ah, qué deplorable contraste entre ese perfectísimo desasimiento de Vos misma, con tan abrasadoras ansias de perpetuo sacrificio, y el desordenado amor que nosotros nos tenemos! ¡Vos, la más elevada grandeza después del Altísimo, menospreciándoos! ¡Y nosotros, tan miserables é ingratos, insoportables por tantos defectos y pecados, amándonos desordenadamente, y á veces aun con ridícula demasia! Consecuencia tristísima de este propio amor en nosotros, es la resistencia á someternos y obedecer á los superiores; el constante empeño en procurarnos comodidades, alabanzas y distinciones, huyendo con ingeniosas industrias del menosprecio y de la cruz; el deseo de temporales satisfacciones y ganancias; y de ser conocidos y exaltados; el ansia de consuelos sensibles; el impertinente recuerdo, jactancioso tal vez, del lustre de la familia, riquezas, amigos y posición social; en suma, el tenernos á nosotros mismos por fin, sin persuadirnos

en la práctica de que es Dios, y nada más que Dios, el que debemos tener constantemente por fin de toda nuestra vida, y centro de todas nuestras aspiraciones. ¡Qué desgracia, Madre piadosísima, que á tales excesos nos arrastre el amor á nosotros mismos! Porque si todo el bien del hombre consiste en amar á Dios, el mayor mal del hombre debe consistir en amarse á sí propio y prescindir de Dios. ¡Ah! Con razón nos enseña vuestro divino Hijo que el que se ama desordenadamente, se perderá; y el Espíritu Santo nos asegura que *quien cría en el regalo desde la niñez á su siervo* (que es el amor de sí mismo y la propia carne), *después le experimentará contumaz.*"

Conseguídnos, pues, Madre amantísima, la gracia de que nos despojemos de nuestro amor propio, excitando en nuestro corazón el más sincero menosprecio hacia nosotros mismos, la resignación de todo nuestro ser en la voluntad de Dios, ferviente oración y mortificación continua, y, sobre todo, el verdadero amor de Dios, que venza con maravillosa eficacia el amor que á nosotros mismos nos tenemos. Así desasidos en la vida, mereceremos gozar perdurables riquezas en el cielo. Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
BENÉFICA ESTRELLA EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Triste es la completa oscuridad de la noche; pero alegrá los ojos y el corazón el vivo y variado fulgor de las estrellas, que son, en frase de Migliorati, como las flores del firmamento, las perlas del cielo y las

pupilas del mundo. Entre todas ellas, una hay que las aventaja en claridad, y es *la Estrella de la mañana*, que disipa las sombras de la noche, sigue al Sol en su carrera y resplandece con luz más viva todavía, entre las nubes más densas. Tal es María, la Madre Santísima de la Luz.

La estrella es de la naturaleza del fuego, es brillante, despide rayos vivísimos, y luce durante la noche; propiedades todas, dice Barbier, que admiramos en la Santísima Virgen. Porque toda Ella abrázase en amor de Dios, como la maravillosa Zarza de Oreb, que ardía y no se quemaba; es brillante y espléndida, con razón comparada á la aurora, á la luna y al mismo sol; de Ella brotó aquel divino rayo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; y constantemente resplandece en la tempestuosa noche del siglo y de las pasiones.

María, como observa San Bernardino de Sena, es comparada con la estrella á causa de su nombre, su elevación y sus operaciones. El nombre de estrella significa fiজেza; y fija estaba María en su cielo, que es su divino Hijo; durante su vida, por la irradiación de sus virtudes; y después de su muerte, por compasión. Brillan las estrellas desde las alturas del firmamento; y mucho más alto resplandece con luz visísimas y majestad de reina esta celestial Señora, desde lo alto del Empíreo y la más próxima á su divino Hijo Jesús. De grande importancia aparecen las operaciones de la estrella; pero incomparablemente mayor es la de los beneficios con que al mundo favorece esta mística y bellísima Estrella, María. Porque si la estrella sirve de signo, signo consolador de

la suspirada redención del hombre viene siendo la purísima Virgen desde los tiempos del profeta Isaías: "El Señor, dice éste al rey Acab, os dará LA SEÑAL; *subed que una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuel, ó Dios con nosotros.*" Si brilla la estrella en la obscuridad de la noche; María disipa las tinieblas que envolvían la tierra y llena de consuelo á los descendientes de Adán, que con ardentísimas ansias la esperaban. En los labios de Ella pone el sagrado libro del Eclesiástico estas palabras: "Penetraré todas las partes más hondas de la tierra, y echaré una mirada sobre todos los que duermen; é iluminaré á todos los que esperan en el Señor."

Si la estrella purifica la noche, suavizando la intensidad del frío, enrareciendo el aire y segregando de él partículas nocivas; María, desde aquella luctuosa época en que las tinieblas cubrían la tierra, y el error y la corrupción esclavizaban los pueblos, viene constantemente purificando el cielo y disipando las más densas tinieblas. De Ella se dice en el inspirado libro de la Sabiduría, que es "*como una exhalación de la virtud de Dios, ó como una pura emanación de la gloria del Señor omnipotente.*" Si la estrella vivifica, siendo como la causa de la vida del globo terrestre; María, árbol de verdadera vida, produce el fruto bendito, que viene á ser saludable alimento de nuestras almas, y destierra para siempre la muerte, dándonos perpetua y felicísima vida. Si la estrella templó el globo terráqueo, mitigando el frío helado de la noche y protegiendo las producciones de la tierra; María, en medio de la iniquidad de este mundo, del cual, personificado en Jerusalén, decía Jeremías que "conservaba

fresca su malicia, como el agua se conserva fresca en la cisterna," reanima y enervoriza los corazones; porque es por excelencia aquella Mujer fuerte, de la cual dice el libro de los Proverbios: "*No temerá para los de su casa los frios ni las nieves; porque todos sus domésticos traen vestidos aferrados.*" Y si la estrella adorna y alegra el firmamento, María es el más rico ornamento de los cielos.

María es preciosísima Estrella para los que navegamos en el proceloso mar de este mundo; mar peligrósimo por sus nocivas emanaciones, sus encrespadas olas y sus engaños é inconstancia.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Brillante Estrella, que luces esplendorosa entre tinieblas y tempestades! Bañad de claridad suavísima mi alma, para que camine recta por la senda de la virtud hacia el cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Fuente de vivísima luz para conocer el estado de nuestra alma, y la voluntad adorable de Dios nuestro Señor respecto de nosotros, para cumplirla, es el libro de los *Ejercicios espirituales*, escrito por San Ignacio de Loyola. De él se ha dicho con frecuencia y con mucha razón, que son incomparablemente más las almas que por él se han salvado, que las letras que contiene. Pues bien; ese libro de oro, más que de San Ignacio, es obra de la Santísima Virgen. En 1600, la gran sierva de Dios, Doña Marina de Escobar, hija espiritual del extático P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús, sabiendo que los religiosos de este Instituto se recogen todos los años á

hacer los Ejercicios espirituales, deseó hacerlos también por sí misma, extremando su recogimiento en su propia casa. Hábilos comenzado ya, cuando una mañana vió con los ojos del alma acercársele un ángel con aspecto de grande majestad, el cual la dijo que era el arcángel San Gabriel, enviado por la Santísima Virgen para comunicarle algunas cosas de grande importancia. En su profunda humildad, temió Doña Marina no fuese aquella una ilusión y superchería preparada por Satanás; y pidió al ángel que antes de oírle, la permitiese tratar este asunto con Dios nuestro Señor, como solía hacerlo en ocasiones análogas. Puesta en oración con vivísimo sentimiento de humildad y de confusión y representándole su indignidad y su miseria, le suplicó se dignase preservarla de todo lo que no fuese conforme á su divina voluntad. Mandóla Su divina Majestad que escuchase al Arcángel; y de rodillas, en actitud del más profundo respeto oyó que la decía en nombre de la Reina purísima de los cielos estas palabras: "Los Ejercicios que has determinado hacer siguiendo el método de la Compañía de Jesús, meditando en ellos sobre la grandeza de Dios y los infinitos bienes que Él os procura por medio de Jesucristo, causan singular placer á nuestra Reina. Y quiere que yo te lo declare: Ella fué en alguna manera la *Fundadora de los Ejercicios* y continúa siendo su Patrona; Ella fué la que *inspiró á San Ignacio el plan de ellos*, y le ayudó á desarrollarlos; por Ella, pues, ha tenido principio esta obra; más aún, Ella ha pasado todo el tiempo de su vida mortal ocupada en estos santos Ejercicios."

*Ave, Virgo gratiosa,
Stella sole clarior;
Mater Dei gloriosa;
Favo mellis dulcor.
Rubicunda plus quam rosa,
Lilio candidior;
Tu es valde speciosa,
Cunctis speciosior.*

(San Pascasio Ratherti, monje.

Salve, de Dios Madre,
Rutilante Estrella
Que al Sol vences, dulce
Más que miel hiblea.
Al lirio y la rosa
Tu matiz afrenta;
Tú vences á todos
En gracia y belleza.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á María las buenas obras que hagamos, y unir las con las suyas y con sus heroicas virtudes, para la mayor gloria de Jesús y de su purísima Madre. Fué vista un día en forma de blanquísima paloma el alma de un estudiante en manos de la Santísima Virgen, la cual dijo la llevaba al cielo para recompensar lo que había trabajado en el estudio, no por conveniencia y honra propia, sino para gloria de Su divina Majestad. Santa Eufrasia, religiosa carmelita, vió momentos antes de su muerte á la Em-

peratriz augusta de los cielos, más resplandeciente y más bella que el Sol, la cual, mostrándole preciosísimas coronas, la dijo: "*Hé aquí el premio de las obras y fatigas, que tantas veces me has ofrecido.*"

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DÍA QUINTO.

Per la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella brillantísima que iluminas el mundo con las ilustraciones de tu divino Hijo, eterno esplendor del Padre celestial, y le inflammas comunicándole el fuego del Espíritu Santo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Espejo clarísimo de las vírgenes, en que se refleja la hermosura de la castidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, místico Sol, formado por la Santísima Trinidad, para iluminar el mundo con la luz del perdón y de la misericordia, de la gracia y de la gloria.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Arca refulgente de la eterna alianza; gloria del Paraíso; obra maestra del Creador, que descuellas admirable sobre todas las creaturas! ; Virgen bendita que has hallado gracia delante de Dios, y puedes todo cuanto quieres! El que quiera alabarte dignamente y el que teme no alabarte bastante, deben quedar siempre mudos; porque no es posible que labios humanos pronuncien jamás alabanzas dignas de Ti. ; Pluguese á Su divina Majestad que en estas alabanzas dulcísimas, aunque tan imperfectas, se empleasen constantemente nuestros labios! No tendríamos que lamentar tantos pecados contra la divina gloria y el honor del prójimo, en que con frecuencia se deslizan nuestras lenguas. Porque "*toda especie de bestias, de aves y de serpientes; y de otros animales se amansan; y han sido domados por la naturaleza del hombre; mas la lengua ningún hombre puede domarla,*" como de ello se queja con tanta razón el apóstol Santiago. Siendo la lengua instrumento nobilísimo, con el cual tanta gloria pudiéramos dar á Dios nuestro Señor, emplease con harta frecuencia en ofenderle. Deslizase como anguila, penetra como saeta, arrebata los amigos, multiplica los enemigos, provoca disputas, siembra discordias, y con una sola palabra hiere y mata, despojando de la tranquilidad y de la honra á sus mismos prójimos. ; Qué ofensas tan sensibles á Dios nuestro Señor, oh Madre amabilísima, y qué estragos tan funestos entre hermanos! Con razón se lamenta de ellos Tu divino Esposo, al decir: "*Bien-*

aventurado el que estuvo á cubierto de la mala lengua, ni experimentó su furor, ni probó su yugo, ni fué atado con sus cadenas; porque su yugo es yugo de hierro, y sus cadenas son cadenas de bronce.

Dignate, pues, oh Madre Santísima de la Luz, derramarla sobre nosotros de la necesidad de refrescar y dirigir sabiamente nuestra lengua; porque "el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; así como el mal hombre del mal tesoro las saca malas. Porque de la abundancia del corazón habla la boca." Que tengamos siempre presente que "en el mucho hablar no faltará pecado," y que "quien guarda su boca y su lengua, guarda de angustias su alma;" para que, dedicando nuestras palabras á acrecentar en lo posible la gloria de Dios, y á edificar y favorecer á nuestros prójimos, nos hagamos dignos de cantar eternamente las divinas alabanzas en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
LUNA HERMOSÍSIMA EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Es la luna entre todos los astros la que más se parece al Sol, cuya luz refleja para iluminarnos durante la noche. Tal es María respecto del divino Sol de justicia en favor de nuestras almas; en ella se reflejan el poder y la gracia de la infinita majestad de Dios, y con tan abundante y vivísima luz disipa las tinieblas de la noche, aleja la aridez y tristeza de nuestras almas, alientalas con el poder de la gracia, y nos descubre las estratagemas de los monstruos del infierno, sus maquinaciones, sus arterias y sus formidables proyectos para perdersnos.

María es, en frase del Espíritu Santo, "hermosa como la luna," y aparece siempre en todo su majestuoso esplendor. Hállase constantemente en su plenitud, porque de lleno la ilumina el eterno Sol llenándola de sabiduría y de verdad. No es extraño que, siendo tan poderosa y tan clemente, acuda pronta y benignísima en socorro de las necesidades de nuestra alma, sin preocuparse de cuáles son los méritos que tengamos para invocarla. Mejor dicho, para Madre tan bondadosa y tan clemente, la más grave y apremiante necesidad es el mejor título para invocarla, y suple con mucha frecuencia la falta de verdadero mérito.

En su bondad compárasela con razón á la luna; porque, como observa San Hildeberto, así como la influencia de la luna se hace sentir en los cuerpos más humildes de la tierra; así también, la clemencia de nuestra Madre Santísima de la Luz empléase en favorecer á todos los pecadores, por indignos que sean. Más rápido que el curso del sol, es para nosotros el de la luna; y con frecuencia sucede, como nota San Anselmo, que más pronto resultamos favorecidos invocando el nombre de María, que el de Jesús; disponiéndolo así Su divina Majestad, para que en Ella pongamos toda nuestra confianza, puesto que la gloria de tal Madre cede en gloria y alabanza del divino Hijo. Por eso nos exhorta Hugo de San Victor á que, si la majestad infinita de Dios nos hace temer, acudamos sin temor á María; purísima es, y sobremanera santa y venerable, Reina del universo y Madre de Dios; pero es hija de Adán, y creatura como nosotros, aunque Reina y gloria de todas ellas.

Como la luna aparece á nuestros ojos, después del